

¿CÓMO ERA SANTA BEATRIZ?

ESBOZO DE UN POSIBLE RETRATO FÍSICO, PSICOLÓGICO Y ESPIRITUAL DE SANTA BEATRIZ DA SILVA

José Félix Duque

Investigador y biógrafo de Santa Beatriz da Silva, Hermano de la Confradía dos Esclavos de Nuestra Señora de la Concepción de Vila Viçosa (Portugal).

INTRODUCCIÓN

¿Cómo era Santa Beatriz de Silva, en términos de apariencia física? ¿Cómo era, en cuanto a su personalidad? No se conocen retratos auténticos de Doña Beatriz y las noticias que tenemos de ello son escasas. No obstante, es posible trazar un retrato entre los datos históricos que poseemos y algunas plausibles suposiciones, hechas según el conocimiento de los contextos y de la época que vivió: en Portugal y sobretodo en Castilla, en el s. XV, a comienzos del Renacimiento.

INFANCIA y ADOLESCENCIA – DEL NACIMIENTO A LOS CATORCE AÑOS. NIÑA Y JOVEN DETERMINADA.

Nacida en la ciudad portuguesa de Campo Maior, en torno al año 1437, Doña Beatriz de Silva pasó su infancia en un ambiente sereno, en compañía de sus padres, sus hermanas, hermanos y numerosos criadas y criados de los padres.

La villa era entonces pequeña y aislada, y su actividad era la pesca y la agricultura. Fue educada en el hogar familiar, con un ama o aya, y según las noticias que tenemos, con algunos franciscanos que vivían bajo la protección de su país, tal vez oriundos del Convento de S. Francisco de Estremoz y futuros fundadores del Convento de S. Antonio de Campo Maior (primitivo Convento, cuyo sucesor es hoy el monasterio de la Inmaculada Concepción de monjas concepcionistas) y que la propia familia de Doña Beatriz había de proteger. Aprendió a leer y escribir, y a comportarse como miembro de la nobleza. Frecuentó bastante la villa próxima de Elvas, de ambiente más “urbano” y comercial, conviviendo con las familias nobles que allí vivían y yendo al Monasterio de Sto. Domingo y a la Ermita de Santa María de los Casados (devoción de su familia).

Su infancia no será muy perturbada, a pesar de los frecuentes problemas que su padre tenía con los sirvientes (a los cuales perdonaba siempre y defendía ante la Justicia) y por la angustia de su madre, atormentada por los numerosos abortos que sufría.

Juana de S. Miguel nos dice que Doña Beatriz tenía, desde su infancia una intensa devoción a Nuestra Señora de la Concepción. Debió ser una devoción de su familia, pues hay noticias de que su padre dedicó una Capilla a Nuestra Señora de la Concepción, en aquel monasterio de dominicos de Elvas, donde él y otros familiares vendrían a ser enterrados. En Campo Maior existe actualmente una profunda devoción a nuestra Señora de la Concepción desde antiguo. Debe venir de esa época, pues se centra sobre todo en una imagen del seiscientos que se venera en su capilla de la Iglesia del Convento franciscano de S. Antonio, fundado por su familia. Incluso cuando el Convento estaba vacío y en ruinas (antes de la llegada de las monjas de la Concepción, en el s. XX), esta imagen nunca dejó de ser venerada.

Doña Beatriz, siendo niña, fue llevada por su padre, el consejero del Rey Rui Gómez da Silva, a la Corte de Portugal. Era esa la costumbre de algunas familias nobles que vivían en el entorno de los miembros de la familia real. Casi todas las mujeres de la familia de Doña Beatriz, por ejemplo, eran damas de reinas o infantas. Su llegada a

Castilla como doncella de la Reina Doña Isabel, mujer del rey D. Juan II, me lleva a suponer que anteriormente, vivió algunos años como doncella de la casa de la madre de esta reina, la Infanta viuda Doña Isabel, la que fuera mujer del Infante D. Juan, hija del Señor D. Alfonso, Primer Duque de Bragança y nieta predilecta del Condestable D. Nuno Álvares Pereira (Beato Nuno de Santa María). La infanta viuda era pariente, por múltiples ramas, de nuestra pequeña Doña Beatriz.

Junto a esta princesa, viviendo sobre todo en el Palacio Real de Belas, Doña Beatriz siguió viviendo casi en el ambiente rural que había conocido, ya que este palacio se encontraba en medio de una gran finca, entre Lisboa y Sintra. La Infanta vivía su viudez y y luto por los dos hijos que perdió, en una cierta austeridad de vida, permaneciendo relativamente aislada del resto de la corte, con sus tres hijas: la señora Doña Isabel; la Señora Doña Beatriz, (de la edad de nuestra Beatriz de Silva) y la Señora Doña Felipa (una niña de pecho). Atendida por algunos criados, damas y doncellas, tenía a su alrededor una especie de pequeña corte femenina, donde abundaba la religiosidad y la cultura. La Infanta viuda era tan culta, prudente y autónoma que más tarde fue nombrada consejera del rey, un cargo dado solo a los hombres. En este ambiente aprenderá nuestra señora Doña Beatriz las actividades propias de las niñas de su condición, participando de la educación recibida por las jóvenes princesas, leyendo, escribiendo, bordando, pintando en pergamino, tocando instrumentos, cantando y declamando poemas, por esta razón podemos suponer que habría aprendido algunos idiomas como el latín, castellano o francés, entonces muy de moda en la corte portuguesa.

En julio de 1447, después de las grandes fiestas de Évora, Alcáçovas, Lisboa, Coimbra e Pinhel, llegó a Castilla, pues fue nombrada por la Señora Doña Isabel para acompañarla a aquel reino, donde iba a vivir. El contrato de matrimonio de esta princesa con el Rey de Castilla contenía la cláusula de que sólo una dama y cuatro o cinco doncellas podrían ir de Portugal, debiendo ser elegidas por la princesa entre aquellas que más le agradasen. Y de aquí se desprende que nuestra pequeña Beatriz, entonces con cerca de diez años de edad, debía ser de las que personalmente más se destacaban hasta el punto de ser escogida por la futura reina de Castilla. Efectivamente, se evidenciaba ya, un temperamento afable y un expresivo buen carácter.

En el Palacio Real de Madrigal de las Altas Torres, y en otros del Reino de Castilla como Arévalo, Segovia, Tordesillas, Toledo, etc, Doña Beatriz fue creciendo y ganando formas en su fisonomía adolescente. Juana de S. Miguel testimoniaba que era una doncella de gran hermosura.. La Vida I añade que ella era, no solo muy bella sino también *gentil*. Según entiendo el significado de este término en aquella época, Doña Beatriz sería una persona de trato muy agradable, delicado y naturalmente simpática. La Vida I refiere que Doña Beatriz era tan hermosa y *gentil* que excedía en hermosura a todas las damas de su tiempo. ¿Se trataba de una exageración o sería realmente nuestra Doña Beatriz la joven más expresiva, en belleza y simpatía, de la Corte? Posiblemente así era.

¿Qué apariencia tenía?. Supongo que su extraordinaria belleza tenía relación con el patrón estético de entonces. Eran apreciadas sobre todo, las mujeres de piel muy clara, por la asociación a la naturaleza celestial de los ángeles, fisonomía del cuerpo que debía remitir necesariamente en el espíritu: la belleza era virtud y viceversa. Es así como hoy vemos figurada a la Virgen María (que en realidad, poseería las características más clásicas de la fisonomía judía de las regiones donde nació: morena de cabello oscuro) y a las santas de la devoción medieval, en pinturas y retablos. Un poema del famoso poeta castellano D. Íñigo López de Mendoza, primer Marqués de Santillana, miembro de la corte del Rey D. Juan II (y que conocerá bien a nuestra Doña Beatriz), habla de este patrón. Dedicado a las hijas del poeta, el poema describe doncellas muy bellas: de cabellos rubios, ataviadas con cofias y adornos de perlas, con frentes claras y brillantes, nariz fina, boca pequeña y dientes blancos, cuellos lisos

y claros, cinturas finas, con sus vestidos de brocado y muchas joyas, sentadas sobre sus alfombras.

Esta belleza clara y rubia, de mujeres blancas, sería, creo, una característica fisionómica presente en la familia de Doña Beatriz. Así la elección que sus padres hicieron para el nombre propio de su hija mayor-Doña Blanca-. Era el nombre impuesto generalmente a una niña de tez muy clara, considerada tan afortunada por ello que merecía resaltar su suerte en el nombre. El mismo nombre fue dado a tres descendientes directas de sus padres, parece confirmar que la blancura de la piel era una constante en la familia; hubo también una segunda Doña Blanca, nieta de los padres de Doña Beatriz; una tercera Doña Blanca, su bisnieta; y hasta una cuarta Doña Blanca, su tataranieta. ¿Se trataba de una mera tradición familiar o de una característica heredada en varias generaciones de la misma familia?

Según cantaba el poeta, eran apreciadas también las mujeres con semblantes anchos y brillantes, siendo tan extendido este gusto en aquella época que las doncellas se colocaban los cabellos totalmente apartados de la cara y puestos detrás de las orejas, teniendo incluso noticias de algunas que, poco favorecidas por la naturaleza, llegaban a raparse el cuero cabelludo para prolongar la frente. Tal vez esta fuese también una característica de la fisonomía de Doña Beatriz, que por lo que se sabe del análisis hecho a los restos mortales, realizado en el s. XVII, tenía un “cráneo grande, regular, de persona robusta y bien desenvuelta”, según consta por un análisis hecho por un tal Doctor Alcubilla en el s. XVII, médico de profesión.

No sería muy diferente de una consanguínea de quien hoy conocemos la estatua yacente: la Reina Doña Beatriz, mujer del Rey D. Juan I de Castilla, en su magnífica tumba de alabastro del Monasterio de dominicos del Santo Espíritu “el Real” de Toro. Esta Reina Doña Beatriz fue hija de la Reina Doña Leonor Teles, prima del abuelo materno de nuestra Doña Beatriz. Por la estatua, que según Margarita Ruiz Maldonado, es una imitación fiel de la fisonomía real de la sepultada, se ve que la Reina fue también hermosa y vestía muy elegantemente. La estatua nos revela un rostro sereno, con bellos rasgos: la frente prolongada hacia adelante; se descubre bajo la toca cabellos rubios y una cara ancha y oval, de expresión abierta, con ojos grandes, cubiertos por unas cejas finamente arqueadas; la nariz es afilada y bien proporcionada; la boca es de labios finos y la barbilla algo saliente sobre un cuello corto. Completa la expresión del rostro un simpático y leve esbozo de sonrisa en el que entreabre los labios, algo extraño en una escultura funeraria del cuatrocientos, en las que las personas enterradas eran representadas hieráticas y rígidas, con la boca cerrada.

Realmente, había una cierta belleza en las mujeres de aquella familia. Hermosas debían ser también dos de sus hermanas, o por lo menos una de ellas, Doña María de Meneses, que siendo doncella de la casa de la Reina de Portugal, fue seducida por Alvaro de Sousa, alcaide mayor de Arronches y mayordomo mayor del Rey D. Alfonso V, hecho que dio lugar a un gran escándalo público. Hermosas fueron también sus primas, como Isabel de Silva, otra de las seducidas por el mismo mayordomo mayor; y Doña María de Silva, a quien también sedujo y del cual llegó a tener hijos bastardos. Por lo que parece, este hombre, adúltero, incestuoso y bígamo tenía especial atracción por las mujeres de esta familia, pues también se casó ilegalmente (estaba a su vez casado con Isabel de Silva) con Doña Guiomar de Meneses, otra de las hermanas de Doña Beatriz. El escándalo no fue menor. Estas mujeres de la familia de nuestra Doña Beatriz, sus hermanas y primas, debían ser realmente deslumbrantes.

Esta belleza en la familia de nuestra Doña Beatriz debió ser significativa en épocas anteriores, sobre todo en las mujeres descendientes del linaje materno, las Meneses. Aunque más distantes en grado de parentesco, bella será también Doña María Pais de

Ribeira, que atraerá al Rey D. Sancho I de Portugal, quien tuvo con ella muchos hijos bastardos; la mítica Doña Inés de Castro (también del linaje de los Meneses), por cuya belleza se apasionaría el Rey don Pedro I, cuando era doncella de la casa de su mujer; o incluso aquella ya muy referida Reina Doña Leonor Teles, de quien se enamoró el Rey D. Fernando, quien incluso siendo ella casada y poniendo en riesgo acuerdos diplomaticos, la impusiera como su legítima mujer en el Reino, bajo grandes protestas y revueltas. También fue muy bella la Infanta Doña María Teles, hermana de esta Reina, y asimismo una bisnieta suya, la Condesa Doña Beatriz Coutinho, curiosamente tercera mujer del Conde Don Pedro de Meneses, abuelo materno de nuestra Doña Beatriz. Del tiempo de la Reina Leonor Teles y de su hermana, destacó por su belleza la prima directa de ambas y también de aquel Conde, Doña Isabel de Castro, doncella de la casa de la Reina de Portugal, quien atraía a portugueses y extranjeros a frecuentar el Palacio real para contemplar su hermosura.

Además de piel clara y frente ancha, también se puede suponer que Doña Beatriz tenía una abundante cabellera, típica de la época y un cuerpo elegante, con la cintura fina como cantara el poeta; y podría tener la estatura mas común en aquel tiempo, para las mujeres 1,50 m, hoy considerada baja. La estatua de la Reina Doña Beatriz parece también testimoniarlo, representando a la fallecida como una mujer de estatura delicada, de cuerpo algo juvenil y finos trazos en las formas, manos reducidas y delgadas.

La hermosura de nuestra Doña Beatriz tenía también alguna relación con la moda con que las mujeres nobles, o de la familia real, se destacaban entre todas las mujeres de un Reino. Las doncellas podía exhibir sus cabelleras largas y sueltas, cubriendo la cabeza con cofias o grandes e ingeniosas “crespinas”, “tauplas” o “hennins”, unos sombreros de colores vistosos, verdaderamente exuberantes, altísimos y en forma de conos, de cuyo vertice pendían finos velos. La alternativa mas discreta eran las tocas semejantes a las que podemos ver en la estatua yacente de la reina Doña Beatriz, que cubría totalmente los cabellos, mas eran ricamente labradas, a veces en oro o plata.

Nuestra Doña Beatriz andaría pues, siempre muy ataviada, vestida con ricos tejidos de seda, de terciopelo y brocado, piezas escasas en aquel tiempo, generalmente importadas y vendidas a precios muy elevados, o que eran inaccesibles para las mujeres de condición social mas baja. Vestiría según la moda de entonces, de inspiración francesa, con transparentes camisas blancas sobre la piel, sayas muy largas; y por encima ricas capas con galones, bordadas en oro o plata, de mangas estrechas y gran cola. Usaría los alegres colores que las doncellas nobles de su tiempo usaban, generalmente combinadas en grandes contrastes: bermellón, ocre, verde, rojo anaranjado. Usaría también pieles y plumas como adorno y algunas joyas en oro, plata y piedras preciosas: collares, pendientes, anillos y cinturón de punta pendiente. Vestiría también capas y largos mantos para protegerse del frío y salir a la calle. Sus objetos personales, sobretudo las joyas, serían ornamentados con motivos florales y tal vez con su escudo de armas, como podemos hoy ver en diversos códices y estatuas yacentes de la época. En los pies llevaría elegantes chapines o chancas de molde fino, largos y picudos.

Recientemente algunos especialistas de la Fundación *Edades del Hombre*, que invitados por la Conferencia Episcopal Española organizaron la exposición “Inmaculada” en la catedral de Madrid de mayo a octubre de 2005, identificaron el que puede ser el único retrato auténtico de Doña Beatriz. Se trata de una pequeña figura pintada en una tabla que representa el “Abrazo de S. Joaquin y de Santa Ana en la puerta de Oro, con la Donadora”, la primitiva representación de la Concepción de la Virgen María. Esta obra se conserva desde el principio del siglo XVI en el Monasterio de la Concepción de Toledo y presenta detrás de Santa Ana, de pie y con las dos

manos en actitud de oración, la pequeña figura de una devota señora. Según estos especialistas se trataba de Doña Beatriz, que alrededor de 1489, o antes, fue representada por un artista anónimo. Este, habría seguido la costumbre de la época de representar en la escena aquel o aquella que encargaba el trabajo, el donador o la donadora. Efectivamente, es sabido lo devota que era Doña Beatriz de nuestra Señora de la Concepción y de Santa Ana.

La figura (si esta fue tomada del natural, o por lo menos pintada según las características que el pintor sabría acerca de Doña Beatriz), revela una mujer de rasgos físicos muy bellos, con la piel clara y delicada. Tiene los ojos grandes, bonitas pestañas y cuidadas cejas. La nariz es simétrica y la boca de finas líneas y color rosado. El cuello es corto y la barbilla ligeramente pronunciada. En su bella cabellera, dividida en medio del cráneo por las raíces, está suelta y cae algo debajo de los hombros. Es un poco ondulada. Se trataba de “una doncella en cabello”, expresión empleada para designar una virgen, es decir, una mujer que no está casada ni viuda, que tiene por ello, según las costumbres de la época, permiso para usar el cabello suelto. Está, no obstante, cubierta por un velo blanco transparente. El cabello es castaño claro, si es que la pintura no se ha oscurecido, pudiendo haber sido originariamente rubio. Los ojos son del mismo color, y las manos delgadas y elegantes. No deja de ser curioso como es posible adivinar algo de la fisonomía de la Reina Doña Beatriz en esta señora, sobretodo en el rostro. ¿Será nuestra Doña Beatriz? Es posible.

Debo decir, por otra parte, que estas consideraciones no podemos referirlas con respecto a una pintura sobre tela que algunas notas biográficas y biografías actuales apuntan como un retrato auténtico de Doña Beatriz cuando era joven y aún vivía en Campo Maior. Lo analicé en 2004, en el museo de Arte Sacro de Campo Maior, donde estaba expuesto. Se trataba de una escena con la Virgen María en el centro, acompañada de dos santos franciscanos y el Niño Jesús. Dicen los habitantes de Campo Maior, dentro de la profunda devoción que tienen a su compatriota, que Doña Beatriz habría servido de modelo a cierto pintor italiano para pintar la Virgen María, por orden del mismo Ruy Gomez de Silva, que quería exponer el cuadro en su capilla privada. Es evidente, para mí, que tal hecho no pasa de ser una leyenda, pues es poco razonable, ya que el cuadro no sigue las características del siglo XV, sino las del siglo XVII. No puede, portanto, representar el rostro de nuestra Doña Beatriz. Hay en el cuadro una clara influencia de Morales, pintor de Badajoz. Estando tan cerca Campo Maior, algún discípulo de Morales habría pintado la obra, que pasó a alguna familia, o a una iglesia de Campo Maior. Finalmente, en el siglo XV, el padre de Doña Beatriz lo traerá a la capilla privada, privilegio que solo la familia real tenía.

Con su belleza y su simpatía, y también con su pertenencia a un linaje emparentado con las dinastías reales portuguesas y castellanas, Doña Beatriz tenía todo lo que una doncella pudiera desear. Comenzó a ser pedida en matrimonio, no por simples hidalgos, sino por condes y duques, lo cual era poco habitual, ya que no era hija o heredera de grandes señores, sino solo una extranjera que servía a la Reina, aunque de noble estirpe. Los hombres importantes de la Corte querían esposas que, proporcionándoles unión de estirpe y patrimonio, siguieran el protocolo propio de las políticas de la vieja nobleza, y le aseguraran su poder señorial mediante un complejo sistema de parentesco. Las mujeres nobles eran generalmente usadas como “moneda de cambio” en acuerdos familiares, debiendo obedecer a la autoridad paterna, en el caso de nuestra Doña Beatriz, a su Reina. Ahora bien, si la doncella portuguesa no tenía nada suyo, a no ser una pensión que su señora le debiera pagar cuando se casase, llegamos a la conclusión de que ella debía ser realmente bella para que aquellos señores la desearan por esposa.

Cierto es que Doña Beatriz no quiso casarse, renunciando a ser condesa o duquesa, rechazando señoríos, criados, honras y lujo. Preservaba su libertad, su voluntad y el

imperativo de su consciencia personal. Juana de San Miguel dice muy claramente que esta decisión fue tomada “en medio de los combates de este mundo”, esto es, luchando contra los problemas y venciendo en su decisión de hacer voto de castidad.

De aquí emerge la idea de que era una joven muy decidida, que lleva a cabo una profunda ruptura en el proceso político y social, según el cual debería obedecer a su señora, abandonando su propia voluntad, para casarse con quien no quisiera, y a quien, después de eso, debería obedecer hasta la muerte. Abdicaría de todo un mundo de atractivos materiales, pero su libertad personal no sería sacrificada. No deseaba casarse con ninguno de aquellos condes o duques y acabó por inviabilizar su propio cuerpo para la política de casamientos y reproducción de linajes, la única o la más rígida vía de realización humana considerada legítima para una mujer noble. Pasaría a ser lo que, en aquella época, se llamaba “una virgen consagrada”.

DESDE LA ADOLESCENCIA HASTA LA VIDA ADULTA – DESDE LOS CATORCE A LOS CUARENTA Y SIETE AÑOS. MUJER ORANTE, PENITENTE, CARITATIVA, PERO TAMBIEN CULTA Y DE BUEN GUSTO Y SOBRE TODO LIBRE.

Es curioso que rechazando Doña Beatriz este camino de realización, también haya desviado su destino de otra vida considerada legítima – ser monja. Libre, intocable por todos (pues ahora era una virgen consagrada a Dios), Doña Beatriz decidió permanecer soltera y libre de cualquier autoridad masculina o familiar. Decidió que pasaría a vivir en Toledo, en el Monasterio de San Domingo el Real, de monjas dominicas, un monasterio muy en conexión con la familia real de Castilla y con los exilados portugueses que vivían en la ciudad, principalmente con su tía materna doña Isabel de Meneses (homónima de su madre) que allí vivía con la Reina - viuda de Portugal y con la portuguesa Infanta Doña Juana, y otras personas oriundas de Portugal.

No queriendo ser monja, no obedecería a la Priora del Monasterio, ni a los Padres Predicadores. Era señora de sí misma. Sin embargo, a pesar de optar por una vida autorregulada, sin autoridad de superiores, padres, marido, o señora, Doña Beatriz definiría para ella un estilo de vida muy semejante a la de una monja, dirigiendo sus acciones y sus relaciones según criterios de elevada espiritualidad, con un gran paralelismo a la vida de las monjas dominicas. Decididamente, no estaba en el Monasterio a penas para hospedarse, viviendo con comodidad acostumbrada, tal como lo hacían muchas mujeres de la nobleza, cuando no querían, o no podían, estar en casa de la familia.



Empezó por cubrir su rostro ocultándolo a todos. Juana de San Miguel, dice igualmente que «la protección de honestidad» de Doña Beatriz fue tanta que, «acordándose de la hermosura que había recibido de Dios, decidió que ningún hombre, ni mujer, le verían el rostro en cuanto viviese».

La *Vida I*, después de esta referencia al velo blanco usado por Doña Beatriz, traza, de manera resumida pero vigorosamente, los trazos fundamentales de su personalidad. Dice que « permaneció en aquel Monasterio [de San Domingo el Real] muy

humildemente, y dando gran ejemplo» para las otras mujeres de la comunidad. Que tenía «desprecio de su propia persona» y se «dedicaba continuamente a la oración y a la penitencia»; que «no tenía vicios»; y que vivía « amando al prójimo». Sigue diciendo que Doña Beatriz era muy devota de la Pasión de Cristo y de la Virgen. Estos trazos están de acuerdo con lo que dice también Juana de San Miguel de forma genérica sin que se refiera específicamente al tiempo en que vivió en el Monasterio, pero a la globalidad de su vida. Dice, en un brevísimo párrafo (muy enérgico), ya al



final de su texto, que «se dedicaba mucho a la oración, al ayuno y a las penitencias, y, sobre todo, a la caridad para con el prójimo». Prosiguió que «era muy enemiga de los vicios, y de quién los tenía». Con esto, dice también que sus principales devociones eran «La Santísima Pasión y la Santísima Concepción», bien como «San Juan Bautista», el santo que era muy venerado en Campo Maior, su tierra natal, prefigurando tal vez un recuerdo de su infancia. San Juan Bautista todavía hoy es muy venerado y considerado como patrono de Campo Maior.

A este perfil tan breve de la personalidad de Doña Beatriz, le debemos añadir la

gentileza, o simpatía, de que anteriormente hablan Juana de San Miguel y la *Vida I*, a lo que parece remitir a la idea de una mujer de carácter muy afable, pacífico y gregario. Esta característica, en los textos, estaba relacionada con su hermosura, porque los padrones de belleza femenina de la época nunca descuidaban la virtud, el carácter, como fundamento ético de una fisonomía femenina cercana a la naturaleza de los Ángeles. De su belleza física, sin embargo, ahora nada se veía, pues su rostro lo presentaba cubierto con un tal velo blanco.

A primera vista, parece ser que nuestra Doña Beatriz sería una misteriosa señora. Cubierta pues con un velo blanco, tendría una presentación algo enigmática. Este velo que usaba haría conjunto con una toca, naturalmente también blanca. Fue esta vestidura que encontraron en su ataúd fúnebre en mil 1618 juntamente con la caña donde estaba encerrado el manuscrito firmado por Juana de San Miguel. Era una «toca de hilo», vestidura muy frecuente en la época, que hoy se puede ver en las pinturas y estatuas yacentes. Eran usadas sobre todo por mujeres casadas o de cierta austeridad, que así se quedaban con aspecto monástico. Sería aquello a lo que la *Vida I* le llama de «traje honesto de seglar», siendo compuesto por una larga falda, camisa y justillo; y la hopa sobrepuesta, como usaban todas las nobles medievales.

Pero volvamos al presumido retrato auténtico de Doña Beatriz que anteriormente referí, en la cual habrá sido figurada, el «abrazo de San Joaquín y de Santa Ana en la Puerta de Oro, con la Donadora», conservado en la Iglesia de la actual Monasterio de la Concepción de Toledo. En el cuadro efectivamente aparece una joven señora con traje negro, el color que en la época, era usado por aquellos que estaban de luto, o por los que buscaban la sumisión de la carne para lograr la liberación del espíritu. La donadora se presenta vestida con camisa blanca sobre la piel, de la cual apenas se ven el subido escote y los estrechos puños, pues viste un vestido negro. Sobre este usa una amplia hopa de mangas largas, también negra, el traje me parece que es «de verdugo», o sea: integrando una estructura de rígidos aros metálicos, puestos en el forro del tejido para ocultar los contornos del cuerpo disimulando así sus formas. Era también llamados «guardinfante», pues eran usados por las mujeres embarazadas. Es interesante darnos cuenta que este traje peculiar fue introducido como moda, en

Castilla, en el tiempo de Doña Beatriz, reinando el Rey Don Enrique IV, cuando su segunda mujer, la Reina Doña Juana (antes infanta portuguesa), empezó a usarlo en la corte, con sus damas portuguesas. Posiblemente porque esa ya sería su costumbre en Portugal. Así, supongo, que esta donadora, si verdaderamente es Doña Beatriz, está, pues, «vestida a la portuguesa», lo que inevitablemente, está de acuerdo con la fuerte posibilidad de que ésta, ciertamente sea, nuestra Doña Beatriz.

Cintando la hopa, trae un curioso cinturón pendiente hacia la izquierda: parece un entrenzado basto, tal vez un poco remitente para el carácter penitencial de su vida. El traje, de evidente buen gusto, sin embargo, presenta cierta austeridad, lo que me parece que acentúa la idea de una castidad despojada de elegancia, adornos y colores atractivos. Es de destacar, en efecto, el gran contraste que existe entre su discreta ropa y la de Santa Ana, o la de la otra mujer que acompaña la escena, la sierva Judit: estas están ricamente vestidas coloridas y adornadas. Ellas expresan la festividad de la escena. La donadora, al contrario, aparece con una apariencia habitual, pues no se integra en la escena, antes la venera como devota y donadora. Se trajeaba nuestra Doña Beatriz de negro y blanco estando perfectamente armonizada con los hábitos de las monjas dominicas con quien vivía: estas usaban toca, túnica blanca y escapulario blanco; y velo negro y manto negro.

La actitud de la donadora es también de extrema humildad, típica, de las figuraciones de los donadores: su figura es representada en escala muy diminuta, de ojos expresivamente bondadosos, semicerrados y meditativos. El tronco parece estar algo inclinado hacia delante, con las manos unidas en actitud de oración. La boca a pesar de estar cerrada, en efecto, parece trasparecer cierta afabilidad, sin embargo no se puede decir que este sonriendo. En las manos sustenta un enorme y vistoso rosario de cuentas ovaladas y doradas ¿(sería plata dorada, típica de las joyas de su tiempo?). El regazo está discretamente descubierto trae sobre el una especie de cordón de seda oscura, en la cual esta colgada algo que me parece un pequeño relicario redondo, también oscuro. Tiene el pelo suelto sobre la espalda, tal vez cubierto con una discreta cofia que no se nota casi nada, cogida por atrás, tal y como se usaba entonces. Sobre la cabeza, sin embargo, no usa la toca de «hilo» que fue encontrada en la urna de Doña Beatriz en 1618, si no que usa un delicado velo blanco, de seda transparente, vestidura que el pintor lo habrá pintado más transparente que aquellas que ella realmente usaría con la intención de que su rostro no pudiese ser visto por nadie. ¿Habrá el artista, al pintar el rostro, seguido los trazos faciales de la época o habrá seguido las indicaciones que doña Beatriz le daba sin mostrarle el rostro? ¿O le habrá enseñado excepcionalmente su rostro (cosa probable, ya que la pintura encomendada pudo ser anterior al uso del velo)?

Al saber que Doña Beatriz era muy penitente y devota de la pasión de Cristo, descubro una explicación plausible para el uso austero del velo. Su rostro sería de hecho extraordinariamente atrayente. Como hizo voto de castidad, desearía que «apenas lo viese Dios», mortificándose así para el mundo pensado que sería un obstáculo para la plenitud de su entrega. De una forma expresiva la *Vida I* dice que ella usaba el velo «acordándose de la hermosura que de Dios había recibido». Parece una mortificación exagerada, pero debemos entender la época en que Doña Beatriz vivió, un tiempo de una devoción muy expresiva, en la cual, las mujeres, sobre todo casadas y viudas, no andaban por la calle sin que se cubrieran el rostro con un velo; y lo mismo la hacían algunas monjas, con sus velos negros de clausura.

La devoción de nuestra Doña Beatriz a la Pasión de Cristo no dejaría de estar íntimamente relacionada con la espiritualidad de su tiempo. El hombre medieval, angustiado con las frecuentes pestes que arrasaban regiones enteras, con el hambre y con el miedo a la Condención eterna, se identificaba sobre todo con el Cristo sacrificado, en sus sufrimientos y en la dimensión redentora de estos sobre la

humanidad, pecadora a partir de Adán y Eva. El Cristo doliente era la principal referencia de salvación, y de esto hoy tenemos muchos testigos iconográficos en las iglesias y monasterios de la época. En el propio Monasterio de San Domingos «el Real» de Toledo se conservan vestigios de la devoción que aquellas monjas dominicanas, con quien vivía Doña Beatriz tenían a la Pasión de Cristo; imágenes, ornamentos, objetos de devoción. Esta devoción de Doña Beatriz implicaría también con el recurso que se tenía en su época a las mortificaciones de la carne, a través del sacrificio de los sentidos y del desprecio del cuerpo, llegando a negarse su importancia ontológica para privilegiar el espíritu. La sujeción de la carne a través de la privación y hasta del dolor impuesto al propio cuerpo era la espiritualidad medieval, consideradas como los mejores caminos para la unión con Cristo. En este sentido, sería ella propia, tal como Juana de san Miguel y la *Vida I* dicen, que practicaba ordinariamente penitencia, ayunando y usando disciplina, o sea: flagelándose con cuerdas y usando cilicios y otros instrumento penitenciales que hoy, en el siglo XXI, no se usan.

Esta actitud, en que se relacionaría directamente con aquel desprecio de la propia persona y con su humildad, estaba perfectamente encuadrada en la religiosidad de los hombres y mujeres de su época, en que su interés en ascender a Dios y santificar sus vidas eran hechos a través de dominio de la sensualidad. La carne era considerada como obstáculo para hacer el camino y la dimensión sensible de la humanidad era sobre todo considerada una ocasión de vicio. Sería por esto que Doña Beatriz, según, Juana de San Miguel, era «muy enemiga de los vicios y de quien los tenía». El factor principal de su penitencia era el velo blanco, privándose así de exhibir abiertamente su belleza a las personas con quien convivían, y de vislumbrar bien a su alrededor. Este uso implicaría igualmente soportar la penitencia de elevadas temperaturas de Toledo en el verano, y de respirar con dificultad. Lo hacía ciertamente «acordándose de la hermosura que de Dios había recibido», a quien entregara su cuerpo a través del voto de castidad, Hecho «en medio de estos combates del mundo».



Doña Beatriz, que vivió casi toda la vida en aquel Monasterio de San Domingos«el Real», participaría de la vida de este, y estaría perfectamente integrada en el ambiente general configurado pelas monjas y por muchas otras mujeres seglares que lo habitaban. Sería una gran comunidad la que allí residía, sin embargo con niveles diferentes de participación, establecidos pelas diferencias que existía entre ellas, designadamente lo que toca a la vida monástica, para unas, o a la seglar, o laical, para otras. En aquella época son muy interesantes las ricas referencias de espiritualidad vividas en aquel Monasterio, en la cual se habrá integrado plenamente en su dedicación a la oración y a la penitencia. En unas otras puertas hechas a orden de la Priora Doña Catalina, nieta ilegítima del Rey Don Pedro I de Castilla, al artista Fernando de Saldaña, grandes y bellísimas piezas con estilo gótico-mudéjar donde pude contemplarlo en el coro-bajo, aquella priora mando colocar su propio escudo de armas y escribir emblemáticas frases, o de su devoción: «Verdaderamente Dios esta en este lugar»; y «Mi casa es casa de oración». La priora habrá estimulado y reforzado la fe y la devoción de las moradoras de este Monasterio, incluyendo la de nuestra Doña Beatriz, encomendando muchas y bellísimas piezas sacras: retablos, tallas y tejidos riquísimos todo destinado a la alabanza de Dios y a la educación del espíritu, se conservan hoy algunas, tales como las tablas de Santo Tomas de Aquino y de Santa Catalina de Alejandría, puestas en el mismo coro bajo, piezas que Pablo Peñas Serrado no tuvo recelos en atribuirlo al conocido maestro Sancho de Zamora autor del

magnífico retablo de la Capilla de Santiago de la Catedral de Toledo, Panteón del condestable Don Álvaro de Luna y de su familia.

Este ambiente tan espiritual, artístico y cultural, al cual no faltaba el gusto por la Poesía, como la de Fray Ambrosio de Montesino, fraile menor de quien se conoce un extenso poema de Navidad que lo hizo por expreso mandato de la Priora del Monasterio, que habrá contribuido para que nuestra Doña Beatriz, a pesar de tan humilde y modesta fuese también una mujer participativa, nunca alienada a la vida comunitaria, que la tendría como suya. A demás, las monjas dominicanas en el testimonio de la *Vida I*, que le tenían un gran cariño, o sea: nutrían por ella un genuino afecto, que mas tarde sería manifestado un poco violentamente cuando Doña Beatriz se esta muriendo y ellas querían, contra todo y contra todos llevar su cuerpo para la sepultura del Monasterio de San Domingos «el Real». Entendían que aquella continuaba siendo «su casa». En efecto sería recíproco pues Doña Beatriz en vez de comprar una buena casa para habitar fuera del Monasterio (tal como otras mujeres seglares lo hacían), invirtió mucho dinero en la ornamentación de los Claustros y de la sala Capitular, donde se colocó su escudo de armas, marcando su «sentimiento de pertenencia» a aquel lugar en términos simbólicos. Este patrocinio hecho con pocas riendas, tal y como dice la *Vida I*, revelan una mujer verdaderamente generosa y desprendida de los bienes materiales. Confirman el buen gusto que Doña Beatriz tenía, pues a pesar de que estas obras no hayan llegado a nuestros días, podemos suponer que serían de la misma magnificencia artística que se usaba en aquella casa y que merecieron que su memoria fuese perpetua.

VIDA OCULTA – DESDE LOS CUARENTA Y SIETE A LOS CINCUENTA Y CINCO AÑOS. MUJER CREATIVA, DILIGENTE, INTELIGENTE, PODEROSA.

La vida de Doña Beatriz se habría desarrollado dentro de este estilo hasta su fin, viviendo con las monjas del Monasterio de San Domingos «el Real» sino se hubiera despertado en ella una idea ambiciosa: fundar una Orden religiosa nueva y dedicada a la devoción de Nuestra Señora de la Concepción.

En el siglo XV, era una idea arrojada para un hombre. Para una mujer puede decirse que era casi una idea imposible. Más aún cuando Doña Beatriz no tenía nada suyo, a no ser una pensión de la casa de la Reina-viuda Doña Isabel (su señora), y una pensión de la casa de Don Juan de Silva del 1º Conde de Cifuentes, su pariente. Es en este emprendimiento que podemos intuir la fuerza extraordinaria de esta mujer oculta por un velo blanco, que ni por eso vivía ajena al mundo ni de una forma miedosa.

Su cercanía a la mujer mas importante de su época, la Reina Doña Isabel I de Castilla «la Católica» y el hecho de haber alcanzado el necesario patrocinio para la fundación revela que Doña Beatriz era una persona capacitada para dirigirse hacia una monarca, dominando todas las reglas del protocolo, pero sobre todo sabiendo exponer su proyecto, de una forma convincente y posiblemente apasionada. Retiro la idea muy difundida de las notas biográficas y biografías actuales de que la Reina y Doña Beatriz fuesen «amigas»: una monarca no podía ser amiga de una simple hidalga portuguesa que solo había visto un par de veces. Sería una relación presidida por el protocolo y por la sumisión de Doña Beatriz a la Reina, aunque esta valorase su santidad. Mas arrojada habrá sido la presentación de su proyecto – que en realidad, era una súplica de patrocinio regio – hecha por una mujer destinada a la mayor señora de su tiempo.

La reina se quedó interesada. Conocía la fama de santidad que Doña Beatriz tenía en el Monasterio y posiblemente en la ciudad (era una típica «virgen consagrada» figura femenina santa que atraía la atención de muchos devotos en la época medieval) y conocería bastantes referencias de su persona, tanto a través del personal portugués de la casa de la Reina - Viuda su madre (incluyendo las portuguesas Maria Lopes, su ama; y Clara de Alvernaz), así como a través de la familia de los Condes de Cifuentes. Una de las damas de la Reina Católica llamada Doña Mencía Fajardo, además que era, nuera de Doña Mécia de Meneses, una de las hermanas de Doña Beatriz que también había sido dama de la corte regia de Castilla.



El recorrido que se siguió es bien conocido. En mil 1484, Doña Beatriz salió del Monasterio y se hizo rodear de doce discípulas portuguesas y castellanas, entre ellas su sobrina Doña Felipa da Silva (portuguesa hija de Don Diego da Silva de Meneses, 1º Conde de Portalegre y 1º Señor de Gouveia) Eufrasia de Meneses y tal vez Isabel de Sousa y Isabel de Portocarreiro (todas portuguesas); y Juana Días de Toledo (o Juana de San Miguel) y Maria de Tolosa (castellanas). Pasaron a habitar en una parte de los antiquísimos Palacios de Galiana y la Iglesia de Santa Fe, generosas donaciones de la Reina para la fundación del primer Monasterio de la Concepción.

Se quedaba nuevamente (tal y como en el Monasterio de San Domingos «el Real»), mirando al río Tajo, que se dirigía hacia Portugal y delimitaba la frontera de la región donde nació: «entre – Trajo – y – Odiana» hoy llamado Alentejo. En aquel vasto complejo de edificios, Doña Beatriz emprendió algunas obras de adaptación y ornamentación en la parte que les había sido donada. Se sabe, por un documento bastante curioso, que mandó derribar unas casa vecinas para que el nuevo Monasterio tuviese vista sobre la importante Plaza de Zocodover, que aun hoy existe. En este tiempo aquella era una importante zona comercial de Toledo y Doña Beatriz deseaba que el monasterio tuviese Presencia en la entorno urbana de la ciudad. La obra que estaba realizando no era discreta, pues era un cenobio de monjas obscurecidas y desconocidas del mundo. Era una obra de importancia pública, algo que se prevenía, esperando directas consecuencias.

El buen gusto de doña Beatriz habrá orientado la ornamentación de todo el espacio. Las alteraciones sufridas en los Palacios a lo largo de los siglos destruyeron mucho lo que había de la estancia de Doña Beatriz. Sin embargo se conserva todavía el magnífico techo de una sala (tal vez la sala capitular) ornamentada con motivos vegetalistas y con un trígono sagrado JHS del nombre de Jesús - que sería una devoción de Doña Beatriz. EL techo ostenta algunos escudos de los linajes de Doña Beatriz y de sus discípulas. Otro probable es la pequeña capilla que resta de la Iglesia de Santa Fe, cuyas pinturas murales corresponden a la época. Es todo un ciclo mariano – cristológico muy bello incluyendo el «Abrazo de Santa Ana y San Joaquín en la Puerta de Oro», figuración primitiva de la Inmaculada Concepción. Ambos atestiguan que era una mujer que apreciaba el arte, la belleza, el espacio estético como lugar de encuentro espiritual.

Vivían todas en comunidad – era un beaterio. Se vestían de seglares que eran y no se afiliaban a ninguna Orden ya existente, como lo hacía la mayoría de las comunidades femeninas de este tipo, numerosas en la época. Eran autónomas.

A 5 de Febrero de 1484, Doña Beatriz y la Reina enviaron juntas una súplica al Santo Padre, pidiendo la erección del Monasterio de la Concepción, donde las monjas deberían vestir un peculiar habito, compuesto por una túnica y escapulario blancos y un manto azul celeste, con una imagen de nuestra Señora gravada sobre el escapulario y el manto. Pedían también que tuviesen una liturgia propia con el Oficio, de la Concepción, y que el Monasterio estuviese sobre cualquier una de las Órdenes monásticas ya existentes, en conformidad con las disposiciones del IV Concilio de Letrán, que no permitía la creación de nuevas reglas. Pocos días después, a 21 de Febrero, Doña Beatriz envió sola una segunda súplica, especificando que pedía que le fuese dado a su Monasterio la Regla del Cister.

Esta opción fue vista por algunos como relación personal de Doña Beatriz a los cistercienses, o porque habría vivido con las monjas del Cister (lo que se probó ser infundado), pero otros vienen diciendo que esta, al contrario, fue una decisión tomada por una mujer culta, esclarecida, y pragmática que deseaba sobre todo hacer reflexionar los inmediatos beneficios de aquella Regla en la vida de sus discípulas. Efectivamente, al serle concedida la Regla del Cister le permitiría una notable autonomía a su Monasterio, garantizada por la flexibilidad jurisdiccional imperante en la Orden cisterciense. Además de poder depender directamente del Ordinario de lugar (y no de los cistercienses), podía escoger sus propios capellanes, seglares o religiosos y controlar el acceso al espacio Monástico, porque nadie podría entrar sin una autorización exclusiva de la Abadesa. Esta y las monjas, podrían también ellas mismas redactar (y no otras personas), unos estatutos particulares y observarlos. Efectivamente era la Regla que le daba un margen mayor de acción.

Pero el alcance de su obra sería aun mayor. Su proyecto ha sido considerado como uno de los más interesantes y audaces del tiempo en que surgió. En una época en que las mujeres estaban prácticamente distantes a cualquier decisión, privadas de Palabra y de participación activa en la vida social, la fundación de una nueva Orden femenina era una obra de relevancia pública que garantizaba a Doña Beatriz y a sus discípulas, y a todas las mujeres que las siguiesen, un impacto directo en la vida de la Iglesia. Se discutía intensamente la Concepción Inmaculada de la Virgen María, con teólogos a favor de que se creyese que esta fue exenta de pecado original y otros en contra. Devota de Nstra Señora de la Concepción – una devoción muy atractiva particularmente para las mujeres – Doña Beatriz hizo una clara defensa inmaculista a través de lo que ha sido denominado por «una política de simbolismo»: vestidas como la propia Virgen María, de blanco y expresivo azul celeste, y consagrando la virginidad y la vida a Dios, sus monjas iban a declarar una mayor importancia teológica a la Madre de Cristo, enalteciendo su participación como mujer en la historia de la salvación.

Así también participaban en la discusión teológica. Su existencia en cuanto nueva institución monástica iba a traer un mensaje simbólico, lleno de actualidad e importancia. Por Eva, la primera mujer, caería la humanidad en pecado, causa de sufrimiento y de la muerte: pero por María, nueva mujer – y mujer no tocada, no manchada, mujer pensada por Dios para intervenir – vino el Salvador al mundo. Esta no dejaría de ser una defensa feminista, pues, con la defensa de la Inmaculada Concepción se atribuía una dignidad sin precedentes a las mujeres como seres pensados, queridos y vocacionados por Dios. El cuerpo femenino, entonces muy maldecido en los discursos y en los comportamientos, en su obra pasaba a ser presentada como icono de santidad y no de pecado, asociando las mujeres a la aura poderosa e inatacable de la Virgen María « concebida sin pecado», y no a la de esa Eva infeliz, de cuya descendencia eran las mujeres casi invariablemente condenadas diciendo que eran todas sus herederas y por eso con ella también culpables del pecado original.

El hábito Monástico en inventado por ella completamente dispar de la época y aún hoy considerado por algunos como de los más bellos de la Iglesia, además del fuerte carácter simbólico que le era inherente, tenía también un rasgo de novedad: se trataba de un hábito celebrativo y hasta festivo, contra poniéndose a los colores austeros y oscuros de la mayoría de los hábitos existentes, siempre remitiendo para la penitencia y para el anonadamiento. Una vez más en el hábito está patente el buen gusto de Doña Beatriz que no sería insensible a los más elaborados detalles estéticos.

Los contenidos teológicos-espirituales y carismáticos de su proyecto, dotados de grandes márgenes de autonomía creativa y efectiva, eran, en suma, la emergencia de un nuevísimo modelo femenino de vida santificante que sería impensable en el difícil contexto reformista y centralizador de la época, si no viniese de un feliz intercambio de mujeres tan singulares y visionarias como ella propia, sus discípulas y la Reina «Católica». Están todavía por estudiar los efectos o implicaciones directas o indirectas de la existencia de tan singular obra en el largo proceso que llevó la Iglesia a proclamar ya en el siglo XIX, el dogma de la Inmaculada Concepción. Se supone que esta habrá sido mayor de lo que ha sido destacado en los estudios realizados.

La respuesta de la Santa Sede fue dada a 29 de Abril de 1489; el Santo Padre el Papa Inocencio VIII, aprobaba el nuevo Monasterio de la Concepción exactamente como Doña Beatriz pidió, sin hacer cualquier corrección o recomendación. Esta noticia fue acogida «con el corazón muy ferviente» por Doña Beatriz, tal y como refiere la *Vida I*, y tal vez haya sido una sorpresa para algunos. La bula «Inter Universa» se quedaron así conocidas las letras apostólicas, aunque solo sería ejecutada en Toledo, a pedido de Doña Beatriz y de sus discípulas, el 16 de Febrero de 1491. Ya en Julio de 1492 se realizó una suntuosa procesión desde la Catedral hasta el nuevo Monasterio y la Iglesia de Santa Fe, siendo llevada la bula por el Obispo de Guadix.

Pero poco después el 9 de Agosto de ese mismo año, después de diez días de una súbita enfermedad, Doña Beatriz moría con cerca de cincuenta y cinco años de edad, tranquila, consciente y psicológicamente estable. Supongo que habrá muerto de una infección pulmonar, pues en el siglo XVII, la «toca de hilo» que se encontraba en el ataúd de Doña Beatriz estaba salpicada de sangre. Aquella sería la toca y el velo que ni en la agonía se la quitó. Habrá tosido sobre ellos. Murió con cincuenta y cinco años, que en la época era una edad considerada por avanzada. Murió con esplendor de veneración y amor de todos los que allí estaban - dominicanos y dominicanas (que tal y como la *Vida I* refiere, mucho la amaban), franciscanos, sus discípulas y tal vez su fidelísima criada Isabel Vásquez, que le tendría gran afecto hasta la muerte.

Quiso ser sepultada en la Iglesia de Santa Fe, con la imagen de Santa Ana en la sepultura (tal vez aquel cuadro que representa el «abrazo de Santa Ana y San Joaquín en la Puerta de Oro con la Donadora»), en la Ciudad que adoptó por suya - la bellísima Toledo, donde aún hoy sus restos mortales reposan, junto al río Tajo.

Toda su historia posterior a la muerte es todo un recorrido de exaltación carismática, lleno de imágenes extraordinarias de poder tal como sus retratos en majestad: transfigurada, altísima abriendo los brazos y acogiendo a sus monjas y a sus devotos sobre el manto azul: Hay por lo menos dos ejemplares de este arquetipo de poder femenino (calcado del de Nuestra Señora de la Misericordia, por su vez calcado de la imagen del Pelicano que se rompe el pecho para alimentar a sus hijos con su propio sangre): en Toledo y en Villafranca del Bierzo (León).

Siglos de devoción y de memoria - no se olvidaría de una mujer tan singular y grandiosa - culminara en su canonización, en 1976.